

BAZA (ESPAÑA)

20 DE JULIO DE 1948

Como Luisa decidió poner fin a su existencia, su gata Lisa tuvo que arreglárselas sola. Las ratas habían servido de sustento para calmar el hambre, hasta el punto de llegar a desaparecer. Su hijo David, prometió en el lecho de su madre, no sacrificarla y así lo hizo. David era un chico reservado, poco hablador, muy preocupado por ingeniarse de alguna manera, este o aquel artilugio, más bien a base de buena intención, que de ciencia verdadera, capaz de hacerle llevar algo de comida a su diminuta boca. David tenía un hermano menor; su hermano Luis, de cinco años. Luis, a diferencia de David, era mucho más espabilado e inquieto hasta el punto de incomodar a su hermano, al cuál siempre repetía una y otra vez: «Tú déjame a mí...». Esta era su frase preferida. Así mismo, ambos eran físicamente desiguales; David era de pelo rubio, delgado y con la piel clara; muy parecido a su padre. Luis, sin embargo, había salido a su madre, moreno, regordete y con ojos marrones.

El padre de ambos, Francisco Mesas Domene, luchó en el bando republicano y falleció un 13 de agosto de 1938 al explotarle una granada cuando intentaba, en un gesto de valentía, salvar la vida de una mujer de nombre María Samaniego, acusada de mantener relaciones con el sacerdote del pueblo. Fueron a buscarla a su casa y allí le dieron muerte. Francisco, conocedor, por medio del cura, de que irían a por ella, nada pudo hacer y falleció en el acto, al ser sorprendido por una emboscada del bando nacional.

Luisa, viuda de Francisco, tuvo que hacerse cargo de los dos pequeños, hasta que un 24 de febrero de 1948, una terrible enfermedad, unida a la pena por la muerte de su marido, pusieron fin a su vida de la noche a la mañana, quedando los dos hijos huérfanos.

Por aquel entonces, las monjas dominicas se hicieron cargo de aquellos niños, gracias a la influencia del sacerdote Juan, por el gesto de heroísmo que tuvo su difunto esposo. Lisa se fue con ellos al convento también. Debían cuidar de ella, tal y como dijo su madre. Las monjas dominicas tenían un sitio para los animales, justo detrás del convento.

En aquella época, los animales no podían estar sueltos, ya que era muy probable que los robasen. Lisa, acostumbraba a jugar con ellos, y David y Luis solían llevarle algo de comida de vez en cuando.

Un 8 de septiembre de 1948, la vega de Baza se encontraba en todo su esplendor y David decidió salir al campo en busca de algo que echar a su boca, aun a riesgo de enfrentarse a los capataces de las fincas;

pero él ya pensaría la forma de rebuscar algo de fruta sin que se diesen cuenta; su ingenio le haría de intuición como tantas otras veces. Lo que no sabía David era la sorpresa que le esperaba en algún lugar de la vega bastetana; un misterio que cambiaría su vida.

Los últimos días del verano se dejaban sentir con fuerza, el sol regaba los campos y los jornaleros, trabajando de sol a sol, hacían crecer con sudor el trigo y la cebada. A David no le agradaba buena parte de la comida que religiosamente preparaban las monjas dominicas, con la que al menos podían dar de comer a personas que quedaron muy mal tras la guerra civil; mutilados, huérfanos, enfermos crónicos, etc. Por ello, él solía escaparse por las tardes para conseguir algo diferente de comida que saciase su hambre.

Camino de la Torre Capel, situada a las afueras del pueblo, se detuvo un instante frente a un jugoso árbol cargado de higos que pertenecía a la finca de Don Severiano, uno de los hombres más ricos de la comarca, el cual había heredado una gran fortuna gracias a su abuelo, el Marqués de Villadesella. Poseía Don Severiano grandes propiedades de tierra, visitadas de vez en cuando por él y por su señora, Doña Lucía, para recoger unos cuantos frutos y pagar a los jornaleros.

El joven David observó que los higos más grandes se encontraban en la parte de arriba. Inquieto, sudando a borbotones, cogió carrerilla y pegó un salto quedando abrazado al tronco con una mano, mientras alargaba el otro brazo sin obtener su pre-

ciado resultado. Justo en ese instante oyó una voz de hombre mayor que decía:

– ¿Quién anda ahí?

David enmudeció mientras notaba detrás suya como alguien se acercaba con paso lento y firme. El hombre cogió a David por detrás y lo aupó hacia arriba, de forma que ya podía tocar el ansiado tesoro.

– Adelante, ¡coge esos dos!, exclamó el hombre

Cogió los dos higos y ayudado por el guardián de la finca, bajó al suelo.

– ¡Gracias señor! dijo David con voz temblorosa mientras levantaba su mirada hacia ese hombre.

Se trataba de un señor mayor de unos setenta años, con unos brazos grandes, una gran barba blanca y un sombrero de paja. Con gesto serio preguntó:

– ¿Qué has venido a buscar aquí?

– Nada señor, solo quería un poco de fruta para llevarme a la boca, respondió David.

– No es bueno que un niño de tu edad ande solo por aquí, está anocheciendo y pronto llegará ella...

– ¿Quién es ella señor?

– la Dama, todas las noches de luna llena vaga por estas tierras sin rumbo y desde mi habitación oigo su lamento... ¡oh Dios, no quiero recordarla, apártala de mí!

El hombre empezó a gritar y David salió corriendo.

Nada más llegar, empezó a contarle a su hermano lo que le había dicho aquel señor mayor. Hablaba

deprisa, tenía el rostro pálido y le temblaban las piernas. Su hermano se abrazó a él e intentó tranquilizarlo. Aquella noche no pegó ojo. Su cabeza no paraba de dar vueltas a la historia de la dama. Ahora tenía que descubrir aquel misterio, sería un gran héroe si lo lograra y estaba dispuesto a conseguirlo.

Los primeros rayos del alba se dejaban ver a través de aquella polvorienta ventana de madera, el ruido atronador de las campanas de la Iglesia Mayor marcaba el inicio de un nuevo día.

Luis, el hermano menor de David, se acercó a la cama de su hermano, aún medio dormido y le golpeó el hombro dos veces.

—Hermano, ¿estás despierto?

—No he podido dormir, ¿quién será la dama?, ¿por qué llora cada noche?, tengo que averiguarlo.

—¿Y qué piensas hacer, hermano?, yo tengo mucho miedo, mamá siempre decía que debíamos dejar a los muertos descansar en paz y recordarlos cada día. ¿Qué piensas hacer David?

—Creo que esa dama llora en silencio todas las noches porque necesita ayuda y yo se la voy a dar. ¡La buscaré y la encontraré!, imagina mamá lo orgullosa que estaría, aquel hombre tenía miedo y me ayudó a conseguir mi comida. Debo descubrir el secreto hermano. Esta noche, al caer alba, partiré hacia la vega y escucharé a la dama.

—Yo iré contigo hermanito, no me dejes aquí solo; estaré preocupado toda la noche. Quiero ayudarte.